

INTRODUCCIÓN

*Valeria Grinberg Pla y
Ricardo Roque Baldovinos*

I

No es una casualidad que hayamos decidido titular este segundo volumen de la serie “Hacia una historia de las literaturas centroamericanas” *Tensiones de la modernidad*.

Así, desde nuestra perspectiva son múltiples las tensiones que subyacen al proyecto moderno en Centroamérica, tanto en su realización, como en relación con las numerosas lecturas de la modernidad que han tenido lugar en el ámbito de los estudios literarios, culturales y sociales.

Nuestra propuesta de historiografía literaria invita a leer las literaturas del istmo centroamericano desde fines del siglo XIX hasta mediados del siglo XX en su inserción en los debates estéticos y políticos de la modernidad por considerar que dichos debates se articulan de manera privilegiada en el espacio literario. O, en otras palabras, que las literaturas de la región durante este período toman posición frente a la modernidad y su significación en Centroamérica.

Por eso, este volumen no pretende dar cuenta exhaustiva de todos los textos o autores del período. Tampoco busca clasificar la producción literaria de la región de acuerdo a su género o su estilo. Por el contrario, con una propuesta que se aleja voluntariamente del empirismo positivista que ha marcado no sólo a la historiografía literaria, cada uno de los ensayos que conforman el presente libro entra a la literatura del istmo por una puerta distinta para adentrarse en un debate o en una articulación estética y/o

política relevante en el ámbito regional. Así, en la tradición de los estudios culturales en América Latina, en todos los ensayos, la selección del corpus responde a una problemática clave en relación con la modernidad.

El proyecto moderno en Centroamérica se asienta sobre una tensión fundamental entre copia y fundación: trasplante del modelo europeo de progreso y a su vez traducción —es decir interpretación— de la modernidad en el contexto centroamericano. Así, el intento de “llevar el progreso” a las distintas naciones centroamericanas siempre implica una búsqueda de reconocimiento en la mirada del otro europeo pero también una articulación original. Si las élites centroamericanas entendieron que la clave para transformar los incipientes Estados en naciones *modernas* estaba en la integración de las economías nacionales al mercado mundial, en el ámbito cultural y literario, la inscripción en la modernidad pasaba por la práctica exitosa del gesto literario europeo en el contexto centroamericano. Así, las élites intelectuales asumieron la cultura literaria europea (las academias, los periódicos, los viajes, las formas literarias) como discurso civilizatorio, pero también la usaron para probarse a sí mismos y al mundo la viabilidad cultural y literaria de Centroamérica.

El primer trabajo de este volumen, la contribución de **Bernal Herrera** (*Modernidad y modernización literaria en Centroamérica*), realiza una lúcida reflexión sobre la modernidad literaria y las implicaciones que tiene para la historiografía literaria de Centroamérica. La visión tradicional identifica modernidad literaria con la creación de un campo literario con autonomía frente a otros, como el político y el educativo. Así, a finales del siglo XIX se habría perfilado un nuevo tipo de escritor, cuyas principales tareas y afiliaciones se definen al interior del campo literario. El movimiento literario que habría inaugurado este proceso sería el modernismo. Según señala Herrera, esta versión posee el atractivo de proponer a un centroamericano, Rubén Darío, como la principal figura de la primera etapa del proceso. Otro centroamericano, Miguel Ángel Asturias, habrá de ser uno de los actores prominentes de la segunda etapa, la vanguardista. De esta forma, el área centroamericana, cultural y socialmente marginal en una región ya de por sí marginal, obtiene así una prominencia que rara vez se le otorga en otros campos. Sin embargo, nos advierte el autor, esta visión tradicional perpetúa y refuerza una visión occidentocéntrica de la modernidad y la modernización, la cual no toma en cuenta las características concretas de su surgimiento y desarrollo. Frente a esto, Herrera propone una visión bipolar de la modernidad, que postula procesos diferenciados de modernización en los polos metropolitano y periférico. Desde esta perspectiva, por ejemplo,

el vanguardismo de un texto hispanoamericano no será juzgado sólo por su parecido con alguna vanguardia europea, sino por características escriturales que, lejos de ser creación o propiedad exclusiva de las europeas, circulan, se hibridizan y mutan al interior de todas las vanguardias, sin importar su lugar de origen.

II

Como veíamos, la modernidad cultural latinoamericana se asocia siempre con el modernismo y la figura del nicaragüense Rubén Darío. Pero la carrera literaria de este autor pone en evidencia las limitaciones que presentan las sociedades para la profesionalización del escritor y la constitución de un campo literario autónomo. Esto nos lleva a considerar un espacio de acción cultural para los intelectuales-literatos que trasciende las fronteras del istmo. Como demuestra **Jeffrey Browitt** en *Rubén Darío en Buenos Aires, 1893-1898: la génesis de un campo literario autónomo*, el poeta nicaragüense no sólo fue un héroe en la revolución modernista del lenguaje literario sino también un protagonista central en la génesis del campo literario autónomo y la profesionalización del escritor. Browitt expone en detalle el itinerario de Darío en Buenos Aires que coincide con el auge del modernismo en las incipientes instituciones culturales bonaerenses y la profesionalización del escritor literario. Buenos Aires es un escenario clave para entender este proceso que garantizó la consagración de Rubén Darío como figura protagónica del modernismo. En esta ciudad se venían dando importantes cambios en la cultura impresa en la Argentina, cambios que impactarían en el campo literario. La cultura tipográfica se había hecho mucho más sofisticada, tanto en los avances tecnológicos en el proceso de impresión como en los circuitos de distribución de los bienes impresos. Sólo faltaba, entonces, un público lector y consumidor para los nuevos bienes literarios. Este nuevo lector se estaba ganando a través del periodismo, a través de los folletines, a través de las innovaciones tecnológicas en la industria tipográfica que permitían ediciones de libros baratas y populares. Desde dentro de este público lector heterogéneo, los modernistas buscaban atraer y moldear al lector ideal para sus obras. La expansión y la profesionalización del campo literario se codifica en las pugnas por la hegemonía discursiva, especialmente con la creciente popularidad del modernismo y el concomitante desplazamiento de la autoridad interpretativa y creativa a una nueva ola de escritores jóvenes seguros de sí mismos. Según nos recuerda Browitt,

el llamado de Darío a ser creativo y original, fiel a uno mismo, presagia el tipo de intelectual y artista no amarrado a ninguna ortodoxia o cooptado por el Estado.

El modernismo no sólo implica profundos cambios en el campo literario, sino también una mutación notable del sentido de la escritura literaria misma. Esto es algo que la sociocrítica excesivamente preocupada por examinar las condiciones materiales de la producción artística suele olvidar y que **Jorge Brioso** nos recuerda en su original y audaz propuesta de lectura del texto modernista (*De la desaparición de los oráculos y de la muerte y resurrección de los dioses: lo sagrado y lo profano en la obra de Rubén Darío*) como un intento paradójico de reinscribir la dimensión de lo sagrado bajo las condiciones de la modernidad. Según Brioso, el texto literario nace de la profanación de la revelación religiosa. Esta profanación no va a suponer, sin embargo, la total borradura del carácter sagrado, enigmático, de esta palabra oracular. Estar hecho de la misma materia que la ideología no significa ser idéntico a ella. La poesía de Darío surge a partir de la cesura que se crea entre el lenguaje literario, el lenguaje oracular y el lenguaje de la historia. La autonomía del texto literario se crea en confrontación con la palabra religiosa y la política.

La historiografía literaria latinoamericana y la centroamericana tienden, por igual, a reducir la escritura modernista a los géneros más consagrados literariamente de la poesía y el cuento. La crítica literaria más reciente nos ha recordado, sin embargo, el protagonismo de un género marginal e híbrido como la crónica y se ha destacado así la complejidad de la escritura modernista. En este volumen, nos hemos preocupado por incluir ensayos que exploran la crónica y otras modalidades de escritura que han sido usualmente descuidadas por la tradición crítica.

El ensayo de **Julia Medina** (*Crónica literaria de Enrique Guzmán y la proyección moderna: 'Las pequeñeces cuiscomeñas de Antón Colorado'*) muestra que en Centroamérica, como en toda la América de habla hispana, la crónica y el panfleto han sido los géneros literarios favoritos y más accesibles para el sujeto intelectual. Aunque ignorados por el canon, los intelectuales locales han asentado por este medio los circuitos regionales y nacionales de la esfera letrada centroamericana. Tal es el caso de Enrique Guzmán, autor nicaragüense cuyas crónicas Medina propone ver como un *espacio conjetural*, literario e histórico, del encuentro del individuo moderno centroamericano en el siglo XIX con su entorno. La crónica es así un registro que cumple no sólo con su función de establecer una esfera intelectual, sino también con proveer un espacio para solidificar y a la vez desarticular el proyecto nacional. Del amplio *corpus* de crónicas de Enrique Guzmán, Medina examina “Las

pequeñeces cuiscomeñas de Antón Colorado”. Estas crónicas muestran cómo el proceso de modernización ingresa a una localidad particular por medio de la función informativa que pretenden ejercer. Al mismo tiempo exponen cómo se universaliza la experiencia local al transcribirse a un espacio público nacional. A través de su protagonista, Antón Colorado, Enrique Guzmán construye un sujeto que, a diferencia de él mismo, es capaz de señalar los desfases de su tiempo entre la realidad operante y el ideal moderno. Este desdoblamiento ficticio le permite al letrado darle a su imaginada “voz popular” una expresión literaria. En Centroamérica, concluye Medina, el proyecto fundacional de la nación se expresa, no a través de la novela sino por medio de la crónica periodística. Sólo por el intermedio de esta forma, a la vez transitoria y liminar, como el istmo mismo, el intelectual logra (re) producir y confirmar la experiencia local de su modernización.

Por su parte, **Karen Poe Lang** explora la novela decadente en su ensayo *Del vampiro a la lesbiana. El deseo sexual “femenino” en la novela modernista centroamericana*. Esta novela se nos presenta así como rostro oscuro del modernismo, pues se construye en oposición al ideario romántico cuyos pivotes eran el amor idealizado y la visión ingenua de la naturaleza. Para la autora, hay algo en el erotismo y la sexualidad decadentes que hace zozobrar las identidades sexuales y pone en crisis la falsa simetría hombre/mujer. Su análisis se centra en dos novelas, *El vampiro* del hondureño Froylán Turcios y *Del amor, del dolor y el vicio*, del guatemalteco Enrique Gómez Carrillo. Estos dos textos ejemplifican el paso de la visión romántica del amor y de la feminidad hacia una concepción decadente de la sexualidad. Según la autora, esto permite pensar y representar a la “mujer”, quizás por primera vez en la historia de la literatura hispanoamericana, como un sujeto sexual, es decir, como un ser deseante. Poe afirma que al interior del modernismo es posible observar, por lo menos, dos tendencias: una vertiente formativa, optimista y luminosa, que ha sido investigada casi hasta el cansancio. La otra, marginada y poco estudiada por la crítica, recibe frecuentemente el nombre peyorativo de literatura decadente. La autora destaca el potencial subversivo del estilo decadente, que ha sido silenciado por la crítica de corte más tradicional.

Para los modernistas, explica **Ricardo Roque Baldovinos** en su ensayo *Exotismo y autoridad cultural modernista: dos viajeros centroamericanos por el Extremo Oriente*, escribir crónicas de viaje significaba documentar la aceleración del tiempo, marca inefable de la modernidad, pero también insertarse en los circuitos de producción cultural de distribución masiva: los periódicos. Con esta práctica, dichos autores trazan un mapa literario de

Centroamérica vinculado a Francia o España que no sólo repite los gestos de autores europeos, sino que figura un horizonte cosmopolita pero propio para una región centroamericana definida por las coordenadas editoriales, literarias y culturales de los lugares de circulación de sus diarios de viaje, crónicas, cartas o revistas, tanto como de los lugares representados en los mismos. Es más, al decir de este investigador, el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo y el salvadoreño Arturo Ambrogi, por medio de la invención literaria de Japón —objeto y lugar de sus (crónicas de) viajes—, repiensen y reescriben la dualidad Europa-América que se halla en el centro del trasplante de la modernidad a la periferia. Roque Baldovinos inicia su recorrido por las crónicas de Gómez Carrillo y Ambrogi, particularmente *El Japón heroico y galante* del primero y *Sensaciones del Japón y de la China* del segundo, con una reflexión sobre el motivo de la marginalidad de dichos escritores en el canon modernista contemporáneo.

III

La recepción de las vanguardias fue tardía y desigual en Centroamérica. En la primera contribución a este volumen, Bernal Herrera nos invita a reflexionar sobre las peculiaridades de ese proceso e incluso a reconsiderar el estatuto vanguardista de autores como Salarrué a los que tradicionalmente se ha considerado como pertenecientes a una corriente vernácula, pero que desde su búsqueda de una peculiaridad nacional realiza experimentos verbales afines a los de la vanguardia. Hemos incluido dos contribuciones directamente preocupadas con la escritura de vanguardia. En la primera de ellas, *La biblioteca en la selva: modernidad y vanguardia en los relatos autobiográficos centroamericanos*, **Leonel Delgado Aburto** elabora un análisis de los lenguajes de la escritura autobiográfica en Centroamérica, sobre todo su intersección con discursividades sociales y, en especial, la apertura hacia el Otro cumplida en el tránsito del modernismo a la vanguardia. Delgado parte de una metáfora fundamental: la biblioteca en la selva, como representación de la literatura moderna en un ámbito tradicional o “primitivo”. En esta metáfora se plasman el narcisismo o soledad del letrado moderno, la genealogía colonial de la literatura, la precariedad de la institución letrada, la literatura como diferencia y como discurso exótico o excéntrico. Así se explora entonces la posibilidad de autonomía literaria en el contexto adverso de las tradicionales labores propiamente *letradas* realizadas por los escritores en el ámbito del Estado. Este ensayo no supone una “verdadera” autonomía